

«¿Qué decis? ¿no sois bastantes? ¡El enemigo presenta sesenta mil hombres! ¿Luego esto es una batalla?» Y se incomodó altamente con la inobediencia é inacción de Junot, cuando Borelli le dió parte de la herida mortal de Gudin. Vivísimo fué el dolor de Napoleon; desahogólo en preguntas multiplicadas y exclamaciones de sentimiento; luego con aquella presencia de espíritu que le era propia, dominó su inquietud, apaciguó su cólera, suspendió el sentimiento, y dedicándose enteramente al trabajo, dejó para el día siguiente el cuidado de la guerra, pues ya era de noche, pero luego despues le agitó la esperanza de una batalla, y por la mañana siguiente al amanecer, se presentó en los campos de Valoutina.

 CAPITULO VIII.

Los soldados de Ney y los de la division Gudin, viuda de su general, estaban formados encima los cadáveres de sus compañeros y de los Rusos, en medio de los árboles medio quebrantados, sobre un terreno removido por los pies de los guerreros, surcado por las balas, y sembrado de armas destrozadas, vestidos, utensilios militares, carros volcados y miembros esparcidos. ¡Estos son los trofeos de la guerra! ¡Hé aquí la belleza de un campo de victoria.

Los batallones de Gudin no parecian mas que pelotones, y se mostraban tanto mas orgullosos cuanto mas reducidos estaban; á su lado se respiraba todavía el olor de los cartuchos quemados y

de la pólvora de que estaba impreñada la tierra, y sus vestidos y caras todavía enegrecidas. El emperador no podía pasar delante de su frente sin tener que evitar ó pasar por encima bayonetas torcidas por la violencia del choque, y de los cadáveres.

Para él cubria la gloria todos estos horrores. Su reconocimiento transformó este campo de muerte en un campo de triunfo, donde durante algunas horas reina solamente el honor y la ambicion satisfecha.

Conocia que ya era tiempo de sostener sus soldados con palabras y recompensas; y nunca habian sido tan afectuosas sus miradas: decia, « que este combate era la accion mas gloriosa de nuestra historia militar, los soldados que le oian, hombres con los cuales se podia conquistar el mundo, y que los muertos lo eran de una muerte inmortal. » De este modo hablaba, sabiendo muy bien que en medio de esta destruccion es cuando se piensa en la inmortalidad.

Fué magnífico con sus recompensas :

los regimientos 12, 21, 127 de línea, y el 7 ligero, recibieron ochenta y siete decoraciones y grados; estos eran los regimientos de Gudin. El 127 habia marchado hasta allí sin águila, pues entonces se necesitaba conquistar su bandera en un campo de batalla para probar que se sabia conservar en lo sucesivo. El emperador le dió una con sus propias manos.

Tambien satisfizo á los cuerpos de Ney, y sus beneficios fueron grandes en sí mismos y en su forma; aumentó á la dádiva la manera de hacerla. Se le veia hacerse rodear de cada regimiento, como de una familia, preguntando en alta voz á los oficiales, sargentos y soldados; pidiendo los mas valientes ó los mas dichosos de todos ellos, y recompensándoles inmediatamente. Los oficiales designaban, los soldados confirmaban, y el emperador aprobaba: así, como él mismo lo ha dicho, las elecciones se hicieron en el acto, en círculo, ante él, y confirmadas con la aclamacion de las tropas.

Estos modos paternales que hacian de un simple soldado, el compañero de guerra del dueño de la Europa, estas formas que reproducian siempre los suspirados usos de la república, los transportaban: este era un monarca, mas era el de la revolucion: amaban un soberano elevado por la fortuna, que hacia elevar á los demas; todo en él excitaba, nada disgustaba.

Jamas un campo de victoria ha ofrecido un espectáculo mas propio á exaltar los ánimos; la dádiva de esta águila tan bien merecida, la pompa de estas promociones, los gustos de alegría, la gloria de estos guerreros recompensada en el mismo sitio en donde acaban de adquirirla, su valor proclamado por una voz, cuyos acentos resonaban en toda la Europa; por este gran capitán, cuyos boletines iban á llevar sus nombres en el universo entero, y sobre todo entre sus conciudadanos, en el centro de sus familias que á un mismo tiempo se tranquilizarian y envanecerian.

¡ Cuantos bienes á la vez! Con ellos se exaltaron, y el mismo emperador pareció dejarse animar de sus transportes.

Mas cuando fuera de la vista de sus soldados, la actitud de Ney y de Murat y las razones de Poniatowsky, tan franco y precioso en el consejo como intrépido en el combate, le hubieron calmado; cuando todo el calor del dia hubo pasado sobre él, y que los partes le anunciaron que en ocho leguas no se habia hallado al enemigo, entonces se desencantó. A su regreso á Smolensko, el traqueo del coche sobre los despojos del combate, los embarazos causados en el camino por la larga fila de heridos que se arrastraban por sí ó en brazos de otro, y en Smolensko por los chirriones de miembros amputados que sacaban á arrojar á lo lejos; en fin, todo lo que es horrible y odioso fuera de los campos de batalla, acabó de desarmarle. Ya Smolensko no era mas que un vasto hospital, y los gemidos que salian, pudieron mas que el

grito de gloria que se habia elevado en los campos de Valoutina.

Los partes de los cirujanos eran horro-
rosos; en este pais se suplía el vino y el
aguardiente por un aguardiente que se
saca del grano, donde se mezclan algu-
nas plantas narcóticas: nuestros soldados
bisoños, aniquilados de hambre y fatiga,
creían que este licor los sostendría, pero
su pérfido calor les hacia hechar de un
golpe todo el calor que les quedaba pa-
rado; caian desfallecidos y la enfermedad
se apoderaba de ellos.

Viéronse otros menos sóbrios ó mas
debilitados, atacados de vértigos, estu-
pefaccion y letargo, acurrucarse en los
fosos y en los caminos, donde sus ojos
empañados medio abiertos y lagrimosos,
parecian mirar con insensibilidad la muer-
te, apoderarse sucesivamente de todo su
ser, y espiraban sin gemir.

En Vilna no se han podido formar hos-
pitaes mas que para seis mil enfermos;
los conventos, iglesias, sinagogas y gran-

jas, sirven para recoger esta multitud pa-
ciente; en estos lugares tristes, á veces
mal sanos y siempre demasiado escasos y
colmados, los enfermos estan á veces sin
víveres, camas, mantas, paja y ni aun
medicamentos; los cirujanos son insufi-
cientes; de manera que todo, hasta los
mismos hospitales, contribuye á aumen-
tar los enfermos y nada á sanarlos.

En Vitepsk, han quedado cuatrocientos
heridos rusos en el campo de batalla,
trescientos más, habian sido abandonados
en la ciudad por su egército, y como se ha-
bia llevado los habitantes, aquellos infeli-
ces se han quedado tres dias ignorados, sin
socorro, hacinados juntos los muertos y
moribundos, y encenegados en una horri-
ble infeccion: al fin, han sido recogidos
y mezclados á nuestros heridos que lo
mismo que ellos eran en nombre de se-
tecientos: nuestros cirujanos han em-
pleado hasta sus camisas y las de estos
desgraciados para curarlos, tal es ya
la escasez de lienzo.

Cuando al fin, las heridas de estos infortunados se mejoran y que para finalizar su cura solo necesitan un alimento saludable, perecen por falta de subsistencia : Franceses ó Rusos, pocos escapan, y los que la pérdida de un miembro ó la extrema debilidad les impide ir á buscar algunos víveres, sucumben los primeros; estos desastres se repiten donde quiera que el emperador no se halla, su presencia atrae, y su partida arrastra todo consigo; en fin, sus órdenes solo se cumplen escrupulosamente ante su vista.

En Smolensko, no faltan hospitales; quince edificios espaciosos de ladrillo, han sido salvados de las llamas; tambien se han encontrado vinos, aguardientes, algunos medicamentos, y nuestros hospitales de reserva nos han alcanzado, pero nada es bastante. Los cirujanos trabajan dia y noche, y á la segunda noche falta ya todo para curar los heridos; ya no hay mas lienzo, y estan obligados á suplirlo con el papel que se ha encontrado en los archi-

vos : los pergaminos sirven de ligamentos y ataduras, y solo con estopa y algodón de abedul, pueden remplazar las hilas.

Habia tres dias que un hospital habia quedado en olvido y una casualidad lo ha descubierto. Nuestros cirujanos fatigados se han sorprendido : Rapp, ha penetrado en este lugar de desesperacion, cuyo horror no manifestaré á mis lectores. ¿ Para qué comunicar estas terribles impresiones que afligen el alma? Rapp, no las ocultó al emperador, quien hizo distribuir su propio vino y varias monedas de oro á algunos de estos infortunados que una vida tenaz animaba todavía ó que un alimento hastioso habia sostenido.

A la violenta emocion que dejaban estas relaciones en el alma del emperador, se agregaba una espantosa consideracion : el incendio de Smolensko no era ya á sus ojos el efecto de un accidente de guerra fatal é imprevisto, ni tampoco el resultado de un acto de desesperacion, sino el de

una fria determinacion : los Rusos habian puesto en destruir, el mismo cuidado, orden y oportunidad que se ponen para conservar.

En este mismo dia, las atrevidas respuestas de un pope, el único que se halló en Smolensko, le ilustraron todavía mas sobre el ciego furor que se habia inspirado á todo el pueblo ruso. Su intérprete, á quien asustaba este ódio, condujo el pope ante el emperador. Este venerable sacerdote le hechó en cara con firmeza sus pretendidos sacrilegios; ignoraba que el mismo general ruso habia hecho incendiar los almacenes de comercio y los campanarios, y que nos acusaba de estos horrores á fin que los comerciantes y los paisanos, no separasen su causa de la causa de la nobleza.

El emperador le escuchó atentamente, y al fin le dijo : « Mas vuestra iglesia, ¿ ha sido quemada ? — No, señor, respondió el pope, Dios será mas poderoso que vos,

y la protegerá; pues yo la he abierto á todos los desgraciados que el incendio de la ciudad ha dejado sin asilo. » Napoleon conmovido le contestó : « Teneis razon; sí, Dios velará sobre las víctimas inocentes de la guerra, y os recompensará de vuestro valor. Id, buen sacerdote, volved á vuestro empleo. Si todos vuestros popes hubieran imitado vuestro ejemplo, si no hubiesen abusado cobardemente de la santa mision de paz que han recibido del cielo, si no hubiesen abandonado los templos que solo su presencia hace sagrados, mis soldados hubieran respetado vuestros santos asilos; pues todos somos cristianos, y vuestro Bog es nuestro Dios. »

Luego Napoleon envió este ministro á su templo con una escolta y algunos socorros. Un vivo clamor se levantó á la vista de los soldados que penetraban en este asilo : una multitud de mugeres y niños despavoridos se agolpan al rededor

del altar; mas el pope levantando la voz les gritó : « Sosegaos, he visto á Napoleon, le he hablado ; ¡oh hijos míos, como nos habian engañado! El emperador de Francia no es cuál nos lo habian representado. Sabed que él y sus soldados conocen y adoran el mismo Dios que nosotros. La guerra que trae no es de ningún modo religiosa, sino un cruzado político con nuestro emperador : sus soldados solo combaten nuestros soldados, y no deguellan los viejos, las mugeres y los niños como se nos habia dicho. Tranquilizaos pues, y demos gracias á Dios por habernos librado del penoso deber de aborrecerlos como paganos, impios é incendiarios. » Entonces el pope entonó un cántico de accion de gracias que todos repitieron llorando.

Estas mismas palabras manifestaban hasta que punto estaba engañada aquella nacion. El resto de los habitantes habia huido, y en adelante no era solamente el egér-

cito, sino la poblacion, la Rusia entera que huía ante nosotros. El emperador veía que con esta poblacion escapaba de sus manos el mas poderoso medio de conquista.

CAPITULO IX.

En efecto, desde Vitepsk habia encargado á dos de los suyos de sondear el espíritu de estos pueblos. Tratábase de ganarlos á la libertad y de comprometerlos en nuestra causa por una insurreccion mas ó menos general; mas no se habia podido tratar sino con algunos paisanos aislados, embrutecidos y que tal vez habian quedado como espías entre nosotros: esta tentativa solo habia servido á poner su proyecto en descubierto y á los Rusos en cautela contra él.

Ademas este medio era repugnante á Napoleon, á quien su naturaleza inclinaba mas hácia la causa de los monarcas que hácia la de los pueblos, y se sirvió de él con negligencia. Mas tarde, en Moscou,

recibió varias notas de diferentes gefes de familias, donde se quejaban de que eran tratados por los señores como rebaños de bestias que se venden y cambian á placer, pedian que Napoleon proclamase la abolicion de la esclavitud, y le ofrecian por gefes de varias insurrecciones parciales que prometian generalizar bien pronto.

Estas ofertas fueron desechadas; en un pueblo bárbaro se hubiera visto una libertad bárbara, desenfrenada y espantosa; algunas revoluciones particulares habian ya dado la medida en otro tiempo: los nobles rusos hubiesen sido perdidos como los colonos de Santo Domingo. Este temor prevaleció en el espíritu de Napoleon, sus palabras lo manifestaron, y no se determinó á excitar un movimiento que no hubiese podido regularizar.

Ademas estos señores desconfiaban de sus esclavos; en medio de tantos peligros distinguieron este como el mas inminente. Desde luego maquinaron sobre el espíritu de desgraciados siervos embrutecidos con

todo género de servidumbre. Sus sacerdotes, á quienes estan acostumbrados á creer, los engañaron con discursos pérfidos, y persuadieron á estos paisanos que nosotros eramos legiones de demonios mandados por el antecristo y espíritus infernales, cuya vista causaba horror y cuyo tacto tiznaba. Nuestros prisioneros advirtieron que estos desdichados no osaban servirse de los utensilios que habian usado ellos, y que los destinaban para los animales mas inmundos.

Todas estas fábulas groseras iban á desaparecer á nuestro arribo; mas estos nobles se internaban con sus siervos en lo interior del pais, como á la llegada de un grande contagio, sacrificando sus riquezas, habitaciones y todo cuanto podia retenerlos ó servirnos. Ponian el hambre, el fuego y el desierto entre ellos y nosotros, pues esta grande resolucion se egecutaba tanto en daño de sus siervos como contra Napoleon. Ya no era pues una guerra de reyes que era preciso seguir, sino una guerra de clase,

de partido, de religion nacional, y en fin, todas las guerras á un tiempo.

El emperador examina entonces toda la enormidad de su empresa, la cual se hace mas grande á medida que se adelanta. Mientras que ha encontrado reyes, sus derrotas para él han sido juegos; mas los reyes estan vencidos y no los pueblos: esto es otra España, pero lejana, estéril, infinita, que encuentra al otro extremo de la Europa. Lleno de admiracion, duda y se detiene.

Cualquiera determinacion que hubiese tomado en Smolensko, siempre necesitaba de Smolensko, y parece haber remitido á esta ciudad toda decision. Por esta razon se encuentra en la misma perplejidad tanto mas viva, cuanto que todo lo han agravado las llamas, esta epidemia y estas víctimas que le rodean: una fiebre de irritacion se apodera de él; sus miradas se dirigen hácia Kief, Petersburgo y Moscou.

En Kief, envolveria á Tchitchakof y su ejército, y desembarazando el flanco de-

recho y la espalda del ejército grande, y cubriría las provincias polonesas, mas productivas en hombres, víveres y caballos; mientras que los acantonamientos fortificados en Mohilef, Smolensko, Vittepsk, Polotsk, Dunaburgo y Riga defenderian lo demas. Detras de esta línea, durante el invierno sublevaria y organizaria toda la Polonia antigua para precipitarla á la primavera sobre la Rusia, oponer una nacion á otra nacion y hacer la guerra igual.

Sin embargo, en Smolensko se halla en el nudo de los caminos de Petersburgo y Moscou, á veinte y nueve jornadas de la una de estas capitales, y á quince de la otra. Petersburgo es el punto donde se enlazan todas las ramas de la administracion, es la cabeza de la Rusia, donde estan sus arsenales de mar y tierra, en fin, es el solo punto de comunicacion entre la Rusia y la Inglaterra, del cual va á apoderarse: la victoria de Polotsk, que acababa de serle comunicada, parecia impelerlo hácia este

direccion, marchando de concierto con Saint-Cyr sobre Petersburgo, envolverá á Wittgenstein, y hará caer Riga en poder de Macdonald.

De otro lado, en Moscou, atacará la nobleza y la nacion en sus propiedades y en su antiguo honor: el camino de esta capital es mas corto, ofrece menos obstáculos y mas recursos; en ella se encuentran el grande ejército Ruso, al cual no debe descuidar, sino tratar de destruirlo, la probabilidad de obtener una batalla y la esperanza de conmover la nacion, hiriéndola en el corazon en esta guerra nacional.

De estos tres proyectos, solo el último le parece posible á pesar de lo avanzado de la estacion. Entratanto tenia ante sus ojos la historia de Cárlos XII, no la de Voltaire que acababa de arrojar con impaciencia, juzgándola romanesca é infiel, sino el diario de Adlerfeld, que leia y no le contuvo. En la comparacion de estas dos expediciones encontraba mil diferencias en las cuales se apoyaba; pues ¿quien puede

ser juez en su propia causa? ¿Y de qué sirve el ejemplo de lo pasado en un mundo donde no se encuentra jamás dos hombres, dos cosas, ni dos posiciones absolutamente semejantes? A pesar de esto, se oyó en esta época salir muchas veces de su boca el nombre de Carlos XII.

CAPITULO X.

Las noticias que venian de todas partes, excitaban su ardor como en Vitepsk. Sus tenientes parecian haber hecho mas que él: los combates de Mohilef, Molodeczna y Valoutina eran batallas ordenadas, que Davoust, Schwartzemberg y Ney habian ganado: á la derecha, su línea de operaciones parecia cubierta, al frente huia el ejército enemigo, á su izquierda en Slowna, el 17 de agosto, despues de haber atraido á Wittgenstein sobre Polotsk, el duque de Reggio habia sido atacado. El ataque de Wittgenstein habia sido vivo y encarnizado, y aunque se le habia frustrado, conservaba su posicion ofensiva, y el mariscal Oudinot habia salido herido. Saint-Cyr le ha remplazado en el mando de este